

bres, y los quiero mucho; y ni aun por el rey mismo quisiera yo dejarlos.

— Pero tu casa es una triste choza cubierta de paja, replicó el cazador, y yo vivo en un palacio de mármol, rodeado de columnas magníficas. Beberás en copas de cristal, y comerás deliciosos manjares en vajilla de plata.

— Nuestra casita, respondió el niño, no es tan mísera



Marcelino y su rebaño.

como V. cree; si no está rodeada de columnas, lo está de árboles frutales y de parras. Bebemos un agua muy clara de la fuente que está al lado; nuestro trabajo nos proporciona el sencillo alimento que necesitamos, y si en nuestra casa no hay dinero, cristal ni mármoles, no nos faltan las flores.

— Ven conmigo, muchacho, añadió el cazador; también hay en la ciudad árboles y flores. Tengo allí un magnífico jardín con frondosas alamedas rectas y parques llenos de plantas rarísimas; en medio del jardín hay un

surtidor, del que brotan brillantes chorros de agua; tu no has visto jamás cosa parecida; el agua salta con fuerza por mil puntos, y cae formando espuma en un estanque de mármol blanco.

— En el monte somos felices, contestó Marcelino. La sombra de nuestros bosques es, por lo ménos, tan deliciosa como la de esas magníficas alamedas; nuestros verdes prados están esmaltados de mil flores; también alrededor de nuestra casita crecen las rosas, las violetas, las azucenas y los pensamientos. ¿Cree V. que nuestras fuentes son ménos bellas que sus surtidores de V? ¡Si supiera V. cómo me encanta ver salir el agua á borbotones por entre las peñas, ó caer de lo alto de las colinas para correr luego serpenteando por los floridos valles!

— ¡Hijo mio, tú no sabes lo que rehusas! dijo el cazador. Hay en la ciudad colegios famosos en donde podrás aprender las ciencias que quieras; hay teatros en donde se recreará tu oído con el armonioso concierto de la música; hay riquísimos salones, en donde asistirás á fiestas espléndidas.

— No, no, señor, repuso el niño, no iré á la ciudad. En la escuela de la aldea me enseñan todo lo que es útil, y sobre todo el temor de Dios, á honrar á mis padres y á imitar sus virtudes. Es todo lo que necesito. ¿Acaso sus músicos cantan mejor que el ruiseñor ó el jilguero? También nosotros tenemos conciertos y fiestas. ¡Qué felices somos, cuando reunida el domingo toda la familia, nos sentamos á la sombra de los árboles, en la márgen de un riachuelo que corre murmurando! Mi hermana canta y yo la acompaño con la flauta; nuestros cánticos resuenan á lo lejos, y el eco los repite; muchos padres, dichosos al oírnos, nos contemplan con dulce sonrisa. ¡Oh, no! no iré yo á la ciudad.»

Viendo el cazador que eran inútiles sus esfuerzos por llevarse al pastorcillo, le dijo: «¿Qué te daré yo entonces para mostrarte mi agradecimiento? Toma, pues, esta bolsa llena de oro y plata.»

— ¿Y para qué quiero yo el dinero? Somos pobres, es verdad, pero nada nos falta; si yo aceptara ese dinero, me pagaría V. el servicio que le he prestado. Estaría mal hecho y mi madre me reñiría, pues siempre nos ha dicho que debemos socorrer á los desgraciados, pero sin interes alguno.

— Pues bien, preciso es que aceptes alguna cosa, porque sino me causarás un sentimiento. ¿Qué quieres que te dé?

— Si es así, déme V. ese frasco que lleva en la cintura, porque me parece que hay grabados en él unos perros que persiguen á un venado. »

Dióle el frasco el cazador, y el pastorcillo se fué brincando de contento, como los corderos que triscan en la pradera.

#### Consejos á los habitantes de los campos.

Dice un conocido literato que en el día se trata de sustituir el lujo á la sencillez, y el aparato exterior al bienestar doméstico. Los aldeanos sueñan en riquezas y honores para sus hijos, y no cesan de excitar la avidez de éstos, presentando ante sus ojos un alegre cuadro de los placeres que ofrece el mundo; de ningun modo consienten en que su hijo querido vaya á trazar con ellos los duros surcos en el campo, y se apresuran á enviarle á la ciudad, donde creen le espera la fortuna; quieren hacer de él un propietario, un comerciante, ó un juez ó abogado; ya sonrien pensando en su dicha futura; ora le ven cruzando los mares en buques cargados de mercancías, ora al frente de los ejércitos, ó ya consiguiendo brillantes triunfos en las tribunas políticas.

« ¡ Ah, pobre labrador, cuántos pesares te preparas! Ese niño, que por tu causa ha perdido el recuerdo de sus arroyos, de su colina y de su cabaña, llegará tal vez á olvidar también á quienes le dieron el sér!

Felices campesinos, no dirijais vuestros pasos hácia el abismo de las ciudades. Permaneced bajo vuestro techo de

paja, y con vuestro asiduo trabajo, con ingenio y constancia, aumentad el producto de vuestros campos, y asegurareis de ese modo el bienestar de vuestro tranquilo hogar. Huid del ruido y de los vicios; dejad los sueños é ilusiones á los que solo tienen este recurso aquí en el mundo, y contentáos con hacer mas agradable el rincon de tierra que la bondad divina os ha dado...! »

#### Pobreza voluntaria.

Los grandes hombres de la antigua Grecia estaban persuadidos de que no hay nada mas noble ni elevado que el desprecio de las riquezas, y juzgaban que la virtud mas sublime consiste en soportar la pobreza con dignidad, y considerarla como un bien mas que como una desgracia; el segundo grado de virtud, segun ellos, era el de hacer buen uso de las riquezas, y decian que el mejor empleo que se podia hacer de ellas conforme á su destino, y el mas adecuado para procurar á los ricos la estimacion y el afecto de sus semejantes, era emplearlas en el bien de la sociedad.

Cimon<sup>1</sup>, general ateniense, no creia gozar de su inmensa fortuna, sino cuando hacia partícipes de ella á sus conciudadanos y podia aliviar sus males. Todo lo que Filopemenes<sup>2</sup> conquistaba al enemigo, lo empleaba en proveer de armas ó caballos á los ciudadanos pobres y en pagar el rescate de los prisioneros. Arato<sup>3</sup> pagaba las deudas de algunos de sus amigos, remediaba á otros en sus necesidades, y rescataba cautivos con los magníficos presentes que recibia de los reyes extranjeros.

El desinterés de Focion<sup>4</sup> fué mucho mayor aun. Aquel ilustre ateniense habia sido siempre partidario de la paz con Macedonia, cuyo rey, el célebre Alejandro, le envió en el curso de sus conquistas, un regalo de cien talentos<sup>5</sup>

1. Murió en 449 ántes de J. C.

2. Murió en 183 ántes de J. C.

3. Murió en 243 ántes de J. C. Por espacio de mucho tiempo fué el jefe de la liga aquea, que era una confe-

deracion de ciudades griegas.

4. Falleció en 317 ántes de J. C.

5. El talento valia próximamente 5,000 fr.

como prueba de agradecimiento. Preguntó Focion á los que le llevaron el presente, por qué le hacia Alejandro aquel don tan magnífico. « Porque sois, le respondieron, el hombre mas honrado que él conoce en Atenas. — Si Alejandro me tiene en tal concepto, repuso Focion, que me permita continuar siéndolo. » Y rehusó el dinero. En el instante que proferia estas palabras estaba él mismo sacando agua de un pozo, y su mujer se ocupaba en fabricar pan. En le sucesivo, negándose á recibir presentes de Alejandro y de los reyes que le sucedieron, y como le dijieran que si no lo queria para sí debería aceptarlos para sus hijos, contestó: « Si mis hijos son prudentes, tendrán bastante con lo que me basta á mí; si no lo son, aun esto les sobraré. »

#### Respuesta de Bocicault <sup>1</sup>.

El mariscal de Bocicault dió una respuesta parecida. Este hombre célebre no se ocupó en acumular riquezas para su hijo, único heredero de su nombre, y solo pensó en dejarle grandes ejemplos de virtud. Decíanle sus amigos que por qué no habia aprovechado el favor que gozaba con Carlos VI para aumentar su fortuna. « Nada he vendido de la herencia de mis padres, les contestó, nada he añadido. Si mi hijo es hombre de bien, bastante tiene; si no lo es, lo que tiene le sobra. »

#### Respuesta de Turena.

Un general propuso á Turena el medio de ganar 400,000 francos en quince dias á costa del enemigo, sin que el gobierno tuviera la menor noticia de ello; á lo que le contestó Turena con sencillez y dignidad: « Yo os lo agradezco, pero como muchas veces he encontrado ya ocasiones semejantes y no he querido aprovecharlas, no creo que á la edad que tengo deba mudar de conducta. »

1. Nació en Tours en 1364 y murió preso en Inglaterra en 1421: dejó

unas interesantes memorias sobre su vida y sus campañas.

#### Respuesta de Catinat.

Cítase asimismo con frecuencia la contestacion que dió Catinat á Luis XIV, quien despues de haber hablado con él sobre las operaciones de la guerra, le dijo con esa gracia que siempre acompañaba sus palabras: « Bastante hemos discurrido acerca de mis asuntos; ¿ cómo están los vuestros? — Señor, respondió Catinat, gracias á vuestra majestad, tengo todo lo que necesito. — Hé aquí el único hombre en Francia, repuso el rey, que me hable de esta manera. » Era aquel, en efecto, el solo hombre que nunca le pidió nada. « No quiero, decia Catinat sirviéndose de una frase enérgica y acertada, parecerme á esos servidores que manchan su afecto, pidiendo á sus amos que aumenten su salario. »

#### Escipion de Fiesque.

[Siglo xv.]

Escipion de Fiesque, pariente de la reina Catalina de Médicis <sup>1</sup>, se negó á aceptar el título de mariscal de Francia <sup>2</sup> que aquella princesa le ofrecia. « Señora, le dijo, largo tiempo he servido en tierra y mar, y siempre me he conducido con honor, pero esto no es bastante para ser mariscal de Francia. »

Un sugeto deseaba obtener la proteccion de Escipion de Fiesque, y sin saberse cómo, se apoderó de ciertos papeles que perjudicaban á éste en un gran pleito que entónces sostenia, y se los presentó diciéndole: « Con esto estais seguro de ganar el pleito. — Hasta ahora, contestó Escipion, creia tener razon en este asunto, pero veo que estaba equivocado. Voy á escribir en seguida á mi contrario, y le diré que ha ganado su causa, y que ademas estoy dispuesto á pagar los daños y perjuicios á que debo ser condenado; al mismo tiempo acompañarán á mi carta es-

1. Esposa de Enrique II, madre de Francisco II, Carlos IX y Enrique III.

2. Es el grado supremo en el ejército frances.

tos papeles, que deberíais haberle enviado si no hubiérais tenido tan mala opinion de mí como yo la tengo de vos; y ahora salid inmediatamente.»

#### Aubigné <sup>1</sup>.

Referia Aubigné á Tolci, uno de sus vecinos, que era muy rico, el mal estado de sus negocios y su escasa fortuna, y Tolci le interrumpió diciendo: «Teneis en vuestro poder papeles que pueden comprometer al canciller del Hospital<sup>2</sup>, que está en desgracia en la córte; sabeis que vive retirado en su casa de campo. Si quereis, yo haré que os den diez mil escudos por esos papeles, ya sea él, ó si se negare, quien quiera servirse de ellos en su contra.» Aubigné corrió á buscar todos los papeles, pero en lugar de entregárselos á Tolci, los quemó en su presencia, y como su amigo le vituperara aquella accion, le dijo: «Los quemé por temor de que no me quemem ellos á mí si caigo en la tentacion.» Aquella generosa accion conmovió á Tolci, quien al dia siguiente le dijo: «Aunque no me habeis manifestado nada, creo que vuestro mayor anhelo es la mano de mi hija; no os habeis declarado porque sabeis que la pretenden otros jóvenes mucho mas ricos que vos, pero los papeles que ayer quemásteis en mi presencia me han decidido á escogeros por yerno.

#### Nublé.

El poeta Escarron<sup>3</sup> tuvo que vender sus bienes, que los compró Nublé por la cantidad de seis mil escudos, sin conocer á punto fijo su valor, y Escarron se dió por satisfecho. Fué luego Nublé á ver la propiedad, y á su vuelta dijo á Escarron: «Creíais que vuestros bienes no valian sino

1. Célebre por su valor y su talento; se distinguió al servicio de Enrique IV (1550-1630).

2. Virtuoso é ilustre magistrado (1595-1573).

3. Falleció en 1660. Se habia casado con Francisca d'Aubigné, una conocida despues con el nombre de Madama de Maintenon, nieta de d'Aubigné, á quien acabamos de citar.

seis mil escudos, pero yo los he hecho tasar y valen ocho mil,» y le obligó á recibir los dos mil escudos mas. ¡Cuántos en su lugar hubieran celebrado entre sí tan ventajoso trato y hubieran hallado razones para calmar los escrúpulos de su conciencia!

#### La casa de Juana de Arco <sup>1</sup>.

[1812.]

En Domremy, cerca de Vaucouleurs<sup>2</sup>, hay una casa de apariencia modesta, que se distingue únicamente de los edificios vecinos por el color sombrío que le ha dado su antigüedad. Al pasar delante de ella, los transeuntes la saludan con respeto; es la casa de Juana de Arco<sup>3</sup>. Hace algunos años pertenecia á un buen labrador, llamado Gerardin, que la consideraba con razon como su mas preciosa herencia.

Un inglés muy rico que viajaba por Francia, se desvió algunas leguas para visitar esta casa. Gerardin, que estaba siempre dispuesto á recibir en ella con distincion á los forasteros, tuvo mucha satisfaccion en enseñarla al inglés con toda detencion: «Hé aquí, decia, el cuarto, donde segun las tradiciones, dormia Juana de Arco; hé aquí el de su padre y el de sus hermanas. Por esta puerta salia con su ganado.» Y luego, dando algunos pasos por el patio: «¿Veis aquella colina? decia; allí se le apareció un ángel y le reveló su destino.»

El inglés despues que lo vió todo, concibió el deseo de poseer aquella casita, no para habitarla ó para tributar en ella una especie de culto á la heroína francesa, sino para poder decir á sus amigos de Inglaterra: «Soy dueño de la casa de Juana de Arco.» No dudaba que el campesino

1. La famosa heroína Juana de Arco salvó la Francia, invadida por los ingleses, en el reinado de Carlos VII; despues cayó en manos de éstos, quienes la hicieron quemar viva en Ruan, en 1431.

2. Departamento de los Vosges (Francia), á 10 kil. de Neufchatel.

3. Juana de Arco era hija de un pobre labrador. En esta casa se ha establecido hoy una escuela.

aprovecharia gustoso la ocasion de venderla ventajosamente, y lleno de confianza, le dijo sin preámbulo: « Buen hombre, ¿cuánto quereis por vuestra casa? »

Gerardin estaba tan distante de esperar semejante pregunta, que al pronto creyó haberla oido mal; pero habiéndola reproducido el inglés en los mismos términos, le contestó que no tenia ánimo de venderla. « ¿Por qué no? dijo el inglés. — ¿Por qué?... ¿Pensais acaso que porque soy un pobre labrador tengo ménos honor y patriotismo que cualquier otro? Aunque ignorante, sé lo que valia Juana de Arco y lo que hizo por su pais: en este lugar donde todos la amamos como si la hubiésemos conocido, y donde los niños saben su historia ántes de aprender á leer, pasaria por un cobarde y un traidor si vendiese á un extranjero la casa de donde salió para salvar la Francia. »

A pesar del fuego con que Gerardin pronunció estas últimas palabras, creyó el inglés que aquel celo ardiente por Juana de Arco y por la Francia, no era mas que una astucia para vender la casa mucho mas caro de lo que valia, pues no podia creer que un aldeano que apenas tenia con qué vivir, prefiriese los recuerdos históricos á una fuerte cantidad de dinero. « Pero, replicó, ¿si yo os diese 300 guineas? — En primer lugar, yo no sé que son guineas. — Es lo mismo que 7,500 francos. — Pues bien, si me ofreciérais las 300 guineas, os responderia que os quedáseis con vuestros 7,500 francos y me dejáseis á mí en mi casa. — Os doy 10,000 francos. — No. — 15,000 francos, » dijo el inglés, pujando á cada instante con esa obstinacion particular á sus compatriotas, que les hace sacrificar muchas veces una parte de su fortuna por un singular capricho. « ¿20,000 francos? ¿25,000? — No, mil veces no. No la venderia á un frances, á un íntimo amigo y mucho ménos á un extranjero, sobre todo á un inglés. — ¡Ah! ya lo veo, nos guardais todavía rencor. — No es rencor, sino indignacion. ¡Haberla hecho quemar viva despues de haberla condenado como hechicera! ¡Cada vez que pienso en ello me enciendo en ira!... Es como si el hecho hubiese pasado

ayer: no sé lo que me detiene en vengarla, en todos los ingleses que encuentro. »

A estas palabras el intrépido comprador no pudo ménos de retroceder dos pasos, y Gerardin continuó diciendo: « Habeis venido para visitar mi casa y ya la habeis visto. Quereis comprarla y yo no quiero venderla; ahora no me queda mas que rogaros que salgais de ella. « Conoció entonces el inglés que era necesario levantar el sitio de la plaza, y se marchó disimulando con una sonrisa de indiferencia el mal humor de que estaba poseido.

Poco tiempo despues de esta conversacion, se hallaba Gerardin sentado con unos antiguos amigos en un banco que habia delante de su casa, y todos ellos estaban tomando el fresco de una hermosa noche de verano. De repente el silencio que reinaba en torno de ellos, fué interrumpido por el paso de un caballo que se adelantaba á galope.

Casi al mismo tiempo se presenta un ginete y dice: « En nombre del rey quisiera hablar al señor Gerardin. » Todos los circunstantes se apresuraron á enseñarle el respetable anciano: « Gerardin, dijo el caballero despues de haberse apeado; el rey ha sabido que habiaís rehusado vender vuestra casa á un inglés y quiere recompensar vuestro interes, no con dinero, pues sabe que no teneis mas apego al de Francia que al de Inglaterra, sino con la cruz de honor que me ha encargado que os entregue. Recibidla, pues, Gerardin, que sois digno de que brille en vuestro pecho. Los guerreros que la han ganado en el campo de batalla no la han merecido mas que vos, pues para despreciar la fortuna se necesita tanto valor como para arrostrar la muerte. (FILON).

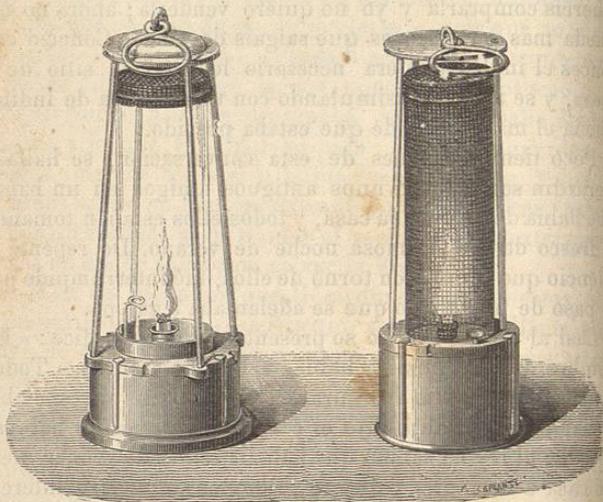
Davy.

[Siglo XIX.]

Humphry Davy, célebre químico inglés, muerto en 1829, es el inventor de una lámpara que lleva su nombre y sirve para preservar del peligro de muerte á los numerosos tra-

bajadores empleados en las minas : es uno de los descubrimientos mas útiles de los tiempos modernos.

Hubiera podido Davy sacar un partido muy lucrativo de su excelente invencion, si se hubiese reservado el derecho



Lampara de Davy.

de explotarla, pero renunció á él entregándola enteramente al dominio público : de modo que si la invencion de la lámpara es admirable, la generosidad de su inventor no lo es ménos.

#### La vieja indigente.

Los empleados de una administracion de beneficencia, encargados de hacer una cuenta para socorrer á los pobres, entraron en casa de una pobre vieja para ponerla en la lista de los desgraciados que tenian derecho á la caridad pública. Halláronla en una miserable guardilla ocupada en hilar

con su rueca, y sin mas muebles que tres sillas y una mesita medio rota. En cuanto la buena mujer se enteró del objeto de los encargados de recoger las limosnas, so levantó, y tomando una monedita que tenia cuidadosamente envuelta, les dijo : « Hé aquí lo que me ha sobrado de la venta de mi hilado; es poco, lo confieso, pero no puedo daros mas. Recibid este modesto don, pues hay otros que son aun mas pobres que yo. No quiero que figure mi nombre en vuestras listas, porque miéntras tenga un pedano de pan y fuerzas para sacar un cubo de agua del pozo vecino, no se dirá de mí que he quitado el sustento á un desgraciado que carece de todo. »

#### Extravagancia de un avaro.

Un mal autor del tiempo de Boileau, llamado Chapelain, era célebre por su sórdida avaricia y se le llamaba por burla *el caballero de la orden de la Araña*, á causa del remendado vestido que llevaba. Un dia, cuando iba á la Academia francesa, de la cual era miembro, para recibir la ficha de presencia <sup>1</sup>, se halló sorprendido por una tempestad. No queriendo gastarse unos cuantos maravedís para pasar por una tabla el arroyo formado por la lluvia, aguardó á descubierto á que cesara la tormenta; pero viendo que eran ya las tres, no quiso detenerse mas y pasó el arroyo con agua hasta la rodilla. Cuando llegó á la Academia, no quiso acercarse á la lumbre para calentarse, de miedo que notasen lo que le habia sucedido; sentóse, pues, ante su bufete y ocultó las piernas como pudo. ¿Qué resultó de esto? Que habiéndole sobrecogido el frio, tuvo una opresion de pecho y murió de las resultas. En el inventario de su casa se hallaron cincuenta mil escudos.

¡El poseor de esta suma importante prefirió exponerse á una enfermedad mortal ántes que gastar algunos mara-

1. Cada miembro de la Academia francesa, presente á la sesion, recibe en testimonio una ficha ó medalla que atestigua su asistencia al acto.

vedís! Así, la avaricia no solo degrada el carácter del hombre, sino que le quita, por decirlo así, el uso de la razón.

**Fin trágico de un avaro.**

Un acaudalado del siglo XVIII, llamado Thoynard, había juntado una suma muy considerable, privándose durante muchísimos años de todas las dulzuras de la vida. Desconfiado, como todos los avaros, se asustaba al menor ruido que oía, temblando por su querido tesoro. Para preservarle de todo peligro, llamó un día á un albañil para que construyese un retrete subterráneo, donde pudiese entrar por medio de un escotillon movido por un muelle secreto. Conviniéron en el ajuste, y habiendo prometido el albañil guardar el secreto mas inviolable, construyó el subterráneo aposento, bajo la vigilancia de Thoynard, abriendo y cerrando por dentro y fuera la tabla movediza que franqueaba ó interceptaba la entrada.

Todo lo examinó el avaro con atencion, y despues de haber ensayado repetidas veces el mecanismo, despidió al trabajador, pagándole muy á pesar suyo, la cantidad prometida. Todos los dias iba á visitar su querido tesoro y creyéndose allí en seguridad, contemplaba con delicia, durante horas enteras, las relucientes monedas de oro, contándolas y recontándolas encima de una mesa.

Un dia, miéntras estaba mirando fijamente aquellos montones de oro, se apaga de repente la luz. Quiere salir el avaro, y no puede atinar el secreto. En su inquietud, hace vanos esfuerzos para levantar el escotillon, y no pudiendo conseguirlo, grita desafortadamente, implora socorro; pero su voz se estrella en las paredes del subterráneo. Así pasan muchos dias sin que nadie sepa lo que le ha sucedido, y toda su familia estaba en la mayor inquietud. La noticia de su desaparicion corre por toda la ciudad y llega hasta oídos del albañil que habia construido el cuarto subterráneo; este hombre sospecha que el mecanismo de la trampa

se ha desarreglado y corre á revelar el secreto á un magistrado. El juez va á casa del avaro con el albañil, levantan el escotillon y ven con horror á un hombre sin vida encima de un tesoro.

§ IV. SENCILLEZ, SOBRIEDAD.

El lujo, multiplicando las necesidades, enciende la sed de riquezas y mantiene en el corazon un fondo de avidez. La sencillez de costumbres, desprendiendo al hombre de los objetos exteriores, es como un baluarte impenetrable que defiende su virtud. (D'AGUESSEAU.)

No os dejéis seducir por el fausto, pues solo la virtud merece ser admirada. (MADAMA DE LAMBERT.)

Un modo de vivir sencillo y frugal conserva la salud, mantiene la tranquilidad del ánimo y asegura la independencía. (B.)

El ser sóbrio no es una gran virtud, pero el no serlo es un defecto muy grande. (CRISTINA, REINA DE SUECIA.)

Un sabio médico decia á sus enfermos: « Con ejercicio, alegría y sobriedad, podreis prescindir de mi asistencia. »

La destemplanza y la embriaguez arruinan el temperamento, degradan el alma y oscurecen la inteligencia. (B.)

**Sencilla apariencia.**

Filopemen tenia un exterior muy sencillo. Un dia que estaba convidado á comer en casa del primer magistrado de una ciudad, llegó allí muy temprano, y la mujer del magistrado, creyendo que era el criado de Filopemen á quien su amo enviaba de antemano para ayudar á servir á la mesa, le encargó que cortase leña. Filopemen, sin desengañarla, puso manos á la obra. Este rasgo admirable es el asunto de un hermoso cuadro de Rubens, célebre pintor flamenco.

**Casa modesta.**

El canciller Bacon tenia tanta modestia como mérito. Isabel, reina de Inglaterra, estando recorriendo las provincias de su reino, quiso ver la casa de campo que hizo